AÑO II — Precio 15 céntimos — NUM. 4

LA NOVELA
ILUSTRADA
PUBLICACION PERIÓDICA ECONÓMICA

SE PUBLICA LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES

PRECIOS
N.° corriente, 15 cénts; N.° atrasado, 25
A los corresponsales, mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.—PAGO ADELANTADO.

Madrid 30 de Enero de 1885

Se admiten suscriciones en toda España abonando anticipadamente 24 ejemplares, por 3 pesetas.—La correspondencia, reclamaciones y pedidos al administrador D. GUILLERMO OSLER, Espíritu Santo, 18, Madrid.

LIBIA

ESTRATEGIA DE UN CAZADOR.

POR

D. C. A. MALGORRY

LIBIA

TIMBRE 5 PTAS 10 KILS MADRID

© Biblioteca Nacional de España

LIBIA

EXTRATEGIA DE UN CAZADOR

POR D. CÁRLOS ALVAREZ MALGORRY

Introducción

Una de las cualidades que debe adornar á todo buen cazador, es la astucia. De poco sirve que en tal ó cual parte haya abundante caza, que la puntería del hombre sea certera, que sus perros le entiendan, etc., si en momentos dados, una imprevisión ú otro cualquier motivo, dejan perplejo al apasionado por tan noble y variado ejercicio.

Suponed, si no, queridos lectores, que ahora (prescindamos de la causa) necesitásemos cada uno cazar por nuestra propia mano diez piezas mayores. ¿Creis que el buen cazador, si la batida era peligrosa, debía llegar hasta el temerario proyecto de jugar la vida, seguro de perderla? No. ¿Debería renunciar á la jornada por miedo al peligro? Tampoco. ¿Qué hacer entonces? Recurrir á la astucia, recurrir al talento del cazador, no sólo á lo que enseña el arte, sino á lo que aconseja la necesidad; no á la práctica, sino al valor, pero el valor verdadero, la convicción de la victoria, no la temeridad sin fruto, sin lontananza halagüeña.

Al cazador se le puede asimilar en un todo al general en jefe de un ejército acampado.

El general dirige la batalla, el cazador la lucha. Cuando aquél conoce que el campamento contrario supera con mucho en número al suyo, ni presenta la acción, sabiendo la va á perder, ni vuelve la espalda á su adversario. Recurre á la estrategia, al talento que debe servir de ornato á todo verdadero general.

Si á un hombre práctico en la distracción de que tratamos, al regresar á su casa, con su escopeta al hombro, le saliesen al encuentro en el camino un par de lobos, y se diese á huir ó disparase su arma, no le podríamos dar el título de lo que iba representando; conforme tampoco se lo daríamos de general á aquel que llevase los entorchados y al frente de una pequeña fuerza, marchando por sitio donde tropezase con tropas en mayor número que la suya, diese la voz de dispersión ó de carga.

La astucia es la mayor arma ofensiva y defensiva en casos análogos.

Pero dejando aparte consideraciones que se pueden ir deduciendo muy bien de las palabras que hemos dicho, vamos á entrar en la narración de nuestra historia.

I

La comida

En una costa de la India existe un inmenso y azulado lago, cuya longitud puede contarse por leguas, coronado en uno de sus lados por una caprichosa serie de elevadas montañas; por el otro, variado con una extensa llanura, donde algunas palmeras se elevan, y salpicado todo él por pequeños promontorios, donde se entretejen multitud de arces, ébanos y náucleas.

Cuantos hayan visitado aquel grande y natural vaso de la creación, donde los tigres van de noche á humedecer sus mandíbulas secas por el calor del sol, no habrán podido resistir á la extraña admiración de que se hace digno.

A la cabeza de este bellísimo lago, y al pie de la montaña, hay una mansión encantadora, una hechicera casa de campo.

Esta habitación, rodeada de elefantes que bajan á *beber el agua que lame los bordes inferiores de las colinas*, pertenecía, en el tiempo á que mi narración se refiere, á una hermosa joven criolla, de esas que fascinan al viajero, á la vez que aquellos climas le abrasan el cuerpo y el espíritu. Así es, que la dueña entonces de tal palacio encantado, contaba siempre como huéspedes una numerosa compañía de extranjeros, ya curiosos, sabios, artistas ó millonarios, que de las cinco partes del mundo llegaban allí por distintas causas, deteniéndose más de lo que pensaban, y formando una sostenida sociedad, cautivada por la bondadosa pero altiva reina de tan precioso vergel.

Libia, que este era el nombre de nuestra criolla, agasajaba con gusto á sus convidados, no reparando en el gasto tan dispendioso que le proporcionaba tamaño placer, porque su colosal fortuna no podía resentirse jamás con nimiedades por el estilo.

No nos debe, pues, chocar, que mujer semejante tuviese siempre doce, veinte ó más gentiles galanes que la hiciesen la corte, aun cuando no se hubiese fijado ella en ninguno, no obstante su estado de soltera.

Apareció un día en el famoso lago un gallardo joven que viajaba en busca de una instrucción vasta y en pos de aventuras peligrosas; excelente cazador, cuanto afable y distinguido caballero con las damas. El nuevo personaje se llamaba Adolfo N., é iba provisto de cartas y letras para todos los banqueros de la India.

Descendía el rey de los astros al Océano, en tanto que nuestro héroe llegaba á la encantadora morada de Libia. Esta se hallaba sentada, oyendo la conversación de todos sus admiradores. Adolfo bajó de su caballo, al que dos negros recogieron por la brida, á la vez que otro se encargó de la cabalgadura del criado. Saludó con su acostumbrada elegancia á la señora de la casa y al círculo de caballeros en general, los cuales vieron un enemigo terrible, según su porte exterior, en el nuevo viajero. Seguía la conversación, y al poco tiempo todos sabían ya quién era el jóven, y la causa por la que recorría la India, quedando admirados al par que envidiosos de su figura, educación y talento.

© Biblioteca Nacional de España

Llegó por fin la hora de la comida, y la sociedad en masa, con su heroina á la cabeza, que apoyaba su brazo en el del que tuvo la dicha de ofrecérsele, no antes, pues todos se disputaban este honor, sino más de cerca, fué entrando poco á poco en la sala destinada al efecto.

Adolfo cerraba la comitiva, vivamente impresionado por las gracias, esbeltez y hermosura de su huéspeda.

El comedor, adornado con columnas de sándalo y arce, que exparcían un suave y delicado aroma, rodeado de asientos cómodos de náuclea con sus frescos almohadones de naturales y recientes hojas de acanto, acompañado por veinticuatro negros que refrescaban el ambiente con otros tantos abanicos de plumas de pavo real, y completado por varios perfumes que exhalaba el humo de aromatizadores vegetales y minerales, mezclándose con las emanaciones que se desprendían de los jarrones del Japón llenos de flores, y mil otras hermosas diversidades que allí ostentaba la rica naturaleza indiana, tenían convertido tan bello salón en un precioso paraiso, cuyo divinizador ideal era Libia.

Los manjares empezaron á aumentar el placer de los convidados; manjares extranjeros, servidos como pueden serlo en la mesa del magnate europeo, confundidos con las producciones de aquel suelo, y mostrándose á la vista de nuestros personajes en preciosas vajillas de china, acompañadas de brillantes agujas de oro para pinchar el jamón de Labiata; trasparentes copas, cuyas peanas de cristal diáfano estaban cubiertas de oro cincelado, conteniendo vino de Keriana: grandes vasos de lapislázuli, cuyo interior remojaba el vino de Constancia; caprichosos tenedores detenidamente trabajados, y todo, en fin, lo más rico y artístico que puede concebir la imaginación del hombre en sus arranques mayores de inspiración y entusiasmo.

El bullicio de aquel festín, que ni el sabio Mahoma supo soñar cuando ideó sus huríes blancas, azules y rojas, que darían placer inmenso á los elegidos de Dios en el paraiso del cielo, iba creciendo á medida que pasaban los platos y se electrizaban los gastrónomos, presididos por la segunda Vénus de la mitología.

Adolfo no apartaba sus ojos de Libia, y estaba embebido, hechizado por cuanto á su alrededor veía.

Los demás convidados creyeron notar alguna impresión en ésta, por las numerosas y oblícuas miradas que dirigía á nuestro bello joven, el cual temblaba de amor cada vez que sus ojos se encontraban con los de la ninfa, por más que algunos filósofos nos vengan contando en artículos serios y profundos que el amor no nace á primera vista, sino paulatinamente.

—Paréceme, caballero Adolfo, exclamó uno de los envidiosos de tanta dicha, que habeis quedado inerte á la vista de los tesoros que encierra esta morada.

—Encuentro, en verdad, bellezas, contestó el interrogado, en la mansión que nos acoge con hospitalidad; pero os confieso que si las faltase el alma, perderían todo su encanto.

—¿Y qué quereis decir con eso? replicó otro caballerito muy estirado que trataba de poner en ridículo á Adolfo.

—Quiero decir, contestó N., que si la dueña de tanto ideal habitase una rústica cabaña, el miserable ajuar que en la misma hubiese, me parecería tan encantador como el soberbio que nos rodea.

—Me gusta la manera de declararse, objetó á su vez un señorón pagado de si mismo, que se hallaba sentado á la derecha de Libia.

—Y en nuestras barbas repitió un segundo.

—Señores, interrumpió nuestra protagonista con dulzura; aquí debe presidir la franqueza, no la etiqueta ceremoniosa de las grandes capitales. Si Adolfo ha hablado con lisonja, le suplico varíe de conversación. Si ha dicho la verdad, entonces no sé á qué hacerle la guerra.

Los que tomaron parte en este incidente, apenas oyeron las palabras anteriores, mostraron más su disgusto al neófito, el cual sostenía con firmeza las burlas de sus contrarios.

Son tan comunes en el corazón humano las pasiones, que á pesar de componerse aquella sociedad de los hombres más distinguidos en las aristocracias del talento y del dinero, no podían disimular su pobreza de alma y sus instintos vulgares de egoismo.

En vista de tales demostraciones, Adolfo, deseoso de vencer en la lucha ó de abandonar para siempre aquel cielo, si no era para él, acalorado por el inesperado suceso, amigo de emociones fuertes, dotado de una verbosidad prodigiosa, y más que nada, apasionado tan viva como instantáneamente de la única mujer que jamás pudo ver mortal, capaz de cautivar á cuantos la mirasen empezó á traer la conversación al mismo terreno en que sus compañeros de mesa le quisieron ridiculizar, y habló tanto y de una manera tan elocuente: demostró con tales axiomas sus palabras, que Libia empezó á dudar si su corazón se decidiría por el recien llegado, á la vez que sus adoradores trocaron en odio la envidia que tenían al último.

Convencida Libia de ello, tratando de apaciguar los ánimos, y dando abrigo á un imposible, á una idea sugerida por cierta proposición que sobre una cacería de tigres acababa de hacerse para probar el valor de Adolfo, terminados los postres, dijo á sus huéspedes que iba á comunicarles un secreto. Todos se prepararon, ansiosos de oir, á escuchar lo que de su boca saliese; y restablecido el silencio, empezó de esta manera, después de haber compuesto los pliegues de su cendal de nankin anudado sobre el corpiño de su sarí indiano.

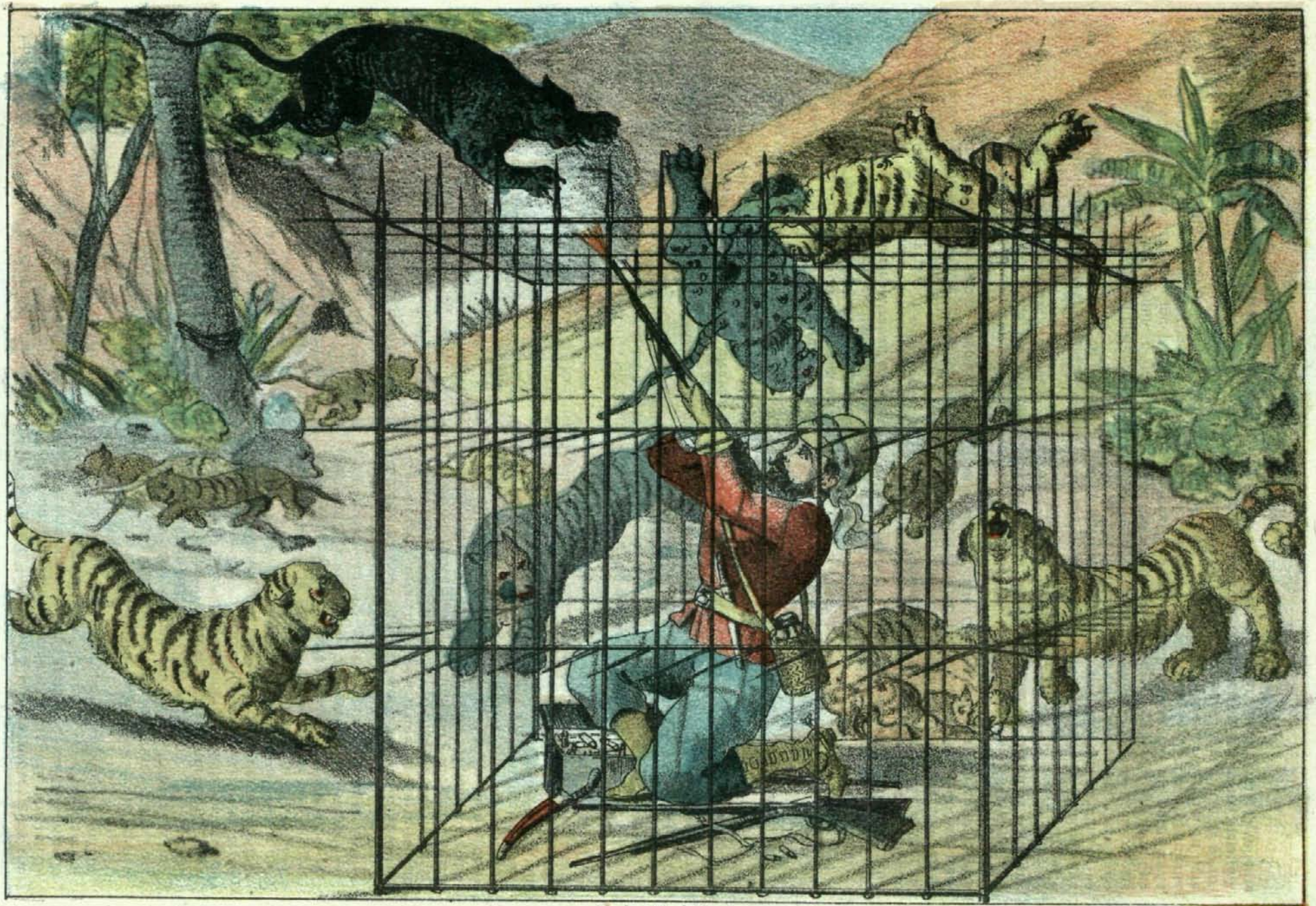
II.

El secreto de Libia

«Mi padre era un hombre muy bueno y que me quería entrañablemente. Mil veces me libró de una muerte segura; la fuerza que desarrollaba cuando me amenazaba un peligro, era terrible; con la misma facilidad tronchaba un fuerte tallo de aloes para perseguir á un elefante que me asustaba, como vos quebrariáis una caña de arroz, ó cual yo troncho esta pluma.—Y separando una de las muchas de bengalis que su abanico tenía, mostró á sus oyentes otra nueva gracia, acompañada de un mohín de boca, que éstos admiraron con deleite.

»Sin embargo de su destreza, prosiguió la dama, y de las demás cualidades propias para la defensa suya y de su hija, llegó un día en que la desgracia me privó de él. No haría mucho que empezó el crepúsculo vespertino, cuando un bulto saltó cerca de las tapias que rodean los jardines de este edificio; un grito que se escapó de mis labios hizo correr á mi padre hacia mí, á tiempo que el brillo terrible de dos ojos amenazadores me extremeció de pies á cabeza. Era un tigre de Bengala. Mi padre, cogiendo su escopeta, le apuntó; un rugido aterrador, cuyo eco se iba alejando, nos dió á conocer que la fiera huía herida; el valiente

© Biblioteca Nacional de España



LA CAZA.

© Biblioteca Nacional de España

cazador, sin dar oído á mis súplicas, siguió su rastro, y su hija no ha podido volverle á acariciar como de costumbre.

«Los esclavos le siguieron armados y montados en caballos acostumbrados á luchas semejantes, pero en vano. El perseguido cuadrúpedo se refugió en su guarida, y á su llamamiento, cien tigres despedazaron vivo el cuerpo del que me dió el ser. Entonces hice un juramento á su memoria; le prometí que no sería esposa sino del hombre que presentase á mis pies veinte tigres, muertos por su misma mano y sin que nadie le ayudase en la empresa, teniendo que ser en el mismo sitio en que perdí á mi padre.

»Ahora puesto que conoceis esta historia, permitidme un epílogo. Casi todos vosotros me ofreceis vuestros respetos y aspirais á mi mano. Yo os oigo siempre lo mismo; si no coincidiese esta promesa, quizá hubiese ya elegido compañero; pero soy franca, amigos mios, viviré sola hasta que el pavimento de mi alcoba nupcial se halle alfombrado por veinte pieles de tigres de Bengala que necesita para cubrirse, ó moriré sin familia por no haber podido satisfacer mi venganza.»

Todo el auditorio quedó supenso sin saber qué responder á propuesta tan imposible de realizar.

Aquella misma noche Adolfo desapareció de la sociedad de viajeros Al día siguiente todo era comentarios; su criado nada sabía, y sólo se notaba la ausencia de su amo y la de su caballo.

III.

Preparativos de caza

Los tigres de Bengala, esa clase de animales tan terrible como traicionera, viven solos, sin rozarse con sus vecinos; en la época de sus amores, los machos se hacen la guerra cruelmente, hasta que, arreglados con sus respectivas hembras, reemplazan la lucha con una respetuosa tregua, muy parecida á la amistad de suegra y yerno entre nosotros. Cuando el hombre los ataca, olvidan sus querellas intestinas y hacen causa común para su defensa, la cual solamente termina con la victoria ó la muerte.....

.....

.....

.....

.....

Habían pasado tres días desde la desaparición de Adolfo y su caballo. En vano la bella criolla había preguntado por su simpático huésped; en vano le buscaron, aun cuando con bastante tibieza, los admiradores de aquélla, queriendo aparecer galantes, si bien deseando en su interior no encontrar al perdido, y halagados con la idea de que una fiera lo hubiera sustraído á las miradas del mundo. En balde, por fin, á la hora en que los bengalís cantan bajo las elevadas hojas del tennamaram, treinta peones con carabina y su jefe á la cabeza, desnudos de cintura arriba y con una provisión de hojas de betel, mezcladas con nuez de arce, salieron á explotar las cercanías. Nada produjo resultado.

Libia, entretanto, seguía triste; sus ojos no ostentaban la encantadora alegría que antes se irradiaba en ellos; la sociedad de convidados notaba su grande melancolía, y las silenciosas comidas tenían un tinte lángido, produciendo en su consecuencia una conversación bastante pálida, sin interés ni emociones agradables.....

.....

.....

Al amanecer del cuarto día apareció en el sitio más poblado de fieras, conocido como el abandonado de los hombres, por el campo más peligroso cuanto cercano de la morada de nuestra hurí, un sorprendente espectáculo.

En medio de un valle extenso, al pie de las gargantas que ofrecían asilo á los tigres, apareció un aparato no visto jamás en aquellos sitios, y llevado allí por la fuerza del hombre después de concebido por el ingenio y desarrollado por la astucia del cazador. Una especie de maciza jaula de hierro, compuesta de gruesos barrotes con aceradas puntas salientes en todas direcciones, cuyos puntiagudos pies se hallaban hundidos en el suelo á manera de pilotes; tejido diabólico, sujeto á tuerca en todas sus extremidades, que tenía la forma de un cuadrado por cada lado, formando su conjunto la figura de un cubo y teniendo su volumen interior el espacio necesario para contener un hombre que sólo pudiese manejar un fusil corto ó carabina. Este era el nuevo huésped mineral que estaba destinado á hacer una cruda y terrible guerra á los seres del reino zoológico, naturales habitantes y señores de aquella comarca.

En el corto tiempo trascurrido desde que Adolfo desapareció, después de haber oído de la mujer que le enloquecía una sagrada promesa, y en el firme propósito de cumplirla como compete en un pecho hidalgo, nuestro personaje pensó en llevar á cabo un ingenioso plan, basado en que, al revés de varias cacerías, el hombre fuese el encerrado y la fiera quien le viniese á tender el lazo. Abrigando, pues, tal idea, y aprobándola en medio de un inmenso placer, nuestro estratégico héroe ensilló su corcel, y llegó á ···, tardando lo menos posible en su traslado á dicho punto. Incansable, porque el amor le prestaba fuerzas; impaciente por la seguridad de su victoria, y verdadero creyente respecto al logro del premio ofrecido, se fué directamente á casa de un personaje, para quien tenía cartas de recomendación y de crédito. Le expuso la necesidad del aparato ideado por su mente, y el desconocido, á quien la presentada carta obligó á atender á nuestro cazador enamorado, le proporcionó un hábil constructor en grande escala de kioscos de metal, el cual, á bajo precio y en poco tiempo, por tener en sus fábricas abundancia de materiales, realizó la jaula erizada de bayonetas.

Esta fué conducida en piezas al sitio designado, y por un camino opuesto á las gargantas donde tenían los tigres sus guaridas. Se armó sobre el terreno en muy breve tiempo; se dejaron los bueyes que habían servido para conducir tan diabólica máquina, y por último, después de haberse marchado los conductores y obreros, aprovechada la hora conocida como de reposo de las fieras, y quedando solos Adolfo y su protector, llenaron la jaula con carabinas cargadas y municiones sueltas, que proporcionó el último en silencio, habiendo venido ambos en el carro que las trasportó al sitio de la cacería, para ocultar semejante cargamento á la curiosidad de los criados, que se contentaron con creer, según se les dijo, que el forastero era un geólogo que iba á estudiar el terreno, pero encastillándose en su jaula á guisa de precaución contra los ataques de sus nuevos y cuadrúpedos vecinos.

Terminada la operación de los materiales ofensivos, se ataron los bueyes en derredor del puesto á di-

© Biblioteca Nacional de España

versas distancias, y el valiente padrino del astuto joven, después de quedar concertado con éste en que le vendría á buscar á las doce del medio día siguiente, se marchó ginete á reunirse con los obreros que habían salvado ya una larga distancia.

Adolfo quedó solo, metido con sus pertrechos en la cabaña férrea, é inscripto en un círculo de sujetos bueyes, al que había de circunscribir después otro de animales feroces.

IV.

La caza de tigres.

A la caída de la tarde en que se constituyó el puesto que había de lanzar un nutrido fuego sobre los irracionales moradores de aquel agreste sitio, conoció ya Adolfo que era llegada la hora de presentar la acción al enemigo.

Una detonación, repetida cien veces por las profundas gargantas del peligroso terreno en que terminaba el valle, rompió el silencio que hasta entonces reinaba. Un buey cayó herido, lanzando al aire un mugido atronador. Otro segundo tiro, y veinte más, y cien y dos mil ecos después, que se mezclaban con infinidad de quejidos, ora lastimeros, ora rabiosos, formaron un terrible conjunto, desgarradora orquesta que se asemejaba mucho á la horrenda tempestad, al violento huracán, al mayor desborde eléctrico de la naturaleza. Aquello era un espectáculo que infundía pavor, aun en el hombre más templado y sereno. Muertos los bueyes á balazos, y desarrollado un olor á sangre impregnado de pólvora, los tigres debían acudir pronto al olfatear la carne que les convidaba, brindándoles con su tufo un magnífico festín.

Una fiera enorme, la primera, vomitada por una salida de las que adornaban las gargantas del terreno, se presentó sola y airosa en la llanura. A pesar del parapeto seguro en que se encontraba Adolfo, sintió latir su corazón violentamente, cuando á la claridad de la luna distinguió el centinela avanzando del ejército enemigo.

Encaminándose la fiera por el llano sin abrigo alguno que la cubriese á los ojos del cazador, se dirigió dando enormes saltos hácia las reses, muertas ya unas, y otras en medio de su agonía. Otro tigre, y otro y veinte más y cuarenta después fueron saliendo, trazando en el aire multitud de inmensas curvas, exhalando maullidos sordos, brillante perspectiva de pieles negras y doradas que el astro opaco de la noche las hacía parecer á la vista de nuestro joven como ricos mantos veteados de valor inmenso. Adolfo se hallaba espantado contemplando aquella multitud de patas, ora tendidas, ora balanceándose, aquellas colas ondulando como serpientes, contracciones musculares furiosas, amenazadores puñales de marfil descubiertos por las cortezas de los hocicos de sus adversarios, y por último, la interminable serie de figuras extrañas que aparecían y desaparecían repentinamente en el espacio, formadas por el ejercicio gimnástico de aquella multitud de retados animales, que semejaban con sus efectos las mil variaciones ópticas de una grandiosa linterna mágica.

Por fin, las fieras se acercaron á sus inocentes víctimas, y allí principió el concierto infernal, el punto culminante de la cacería.

Los tiros empezaron, sucediéndose como en una guerrilla, debido á los ecos que retumbaban por los cavernosos y formidables barrancos de la comarca; los tigres cebaban sus hocicos y garras en la carne de las reses, que fueron hechas pedazos en un momento. Aquí caía uno herido revolcándose en tierra sin saber de dónde le venia el daño; allí otro que recibía un balazo en el hocico y se sentaba apoyado en sus patas traseras, frotándose con las delanteras las mandíbulas hacia fuera, como queriendo extraer el plomo de su herida; acullá dos ó tres regañaban por una parte de presa; en un lado unos devoraban su botín; otros se retiraban á elegir un sitio tranquilo, donde no tuviesen que hacer reparticiones con nadie: aquello era el *maremagnum* de la caza; jamás mortal alguno vió tanta fiera reunida, pudiendo matar, no veinte, sino cincuenta, sesenta y más, sin temor de ser devorado. Era un panorama vistoso, decoración salvaje, ópera de horrorosos coros, tragedia donde los protagonistas sucumben, natural concierto que no puede tener copia, cuyos instrumentos y voces no las conoce ni el himno más guerrero que se haya podido escribir sobre la mayor célebre y sangrienta batalla que haya tenido lugar en el mundo.

En pleno conocimiento ya los tigres del punto de donde les venía la destrucción, acometieron rabiosos y desesperados á la jaula, cayendo los unos mal heridos, clavados otros, atravesados y luchando, sin embargo, por desasirse de las bayonetas afiladas, volviendo jadeantes y rendidos á lanzarse sobre ella por otro lado, cual una espesa lluvia de animadas moles que amenazaban sacar de quicio al inanimado aparato.

Adolfo, puesto completamente en medio de su encerrado no se atrevía á moverse del centro; las garras le llegaban por entre los hierros á la ropa, y un descuido le hubiese llevado un brazo ó media cabeza. Sin embargo, apuntaba verticalmente, y los tigres que atacaban por cima de él caían heridos, revolcándose en mil terribles y ondulosas contracciones, después de haber regado con su sangre la cara y ropas del cazador.

Las carabinas que estaban prontas á vomitar su fuego y descansaban al lado del héroe eran disparadas por los mismos tigres, los cuales caían á montones, heridos á causa del tragín que traían con lo que apresaban en sus dientes.

Jamás cosa humana pudo infundir tanto terror en una numerosa manada de fieras. El valle estaba sembrado de cadáveres y de heridos; la sangre formaba charcos negruzcos, según las desigualdades pequeñas de la llanura; los quejidos formaban una atroz é inconcebible armonía; y las fieras, finalmente, acobardadas ya, huyeron á sus guaridas sin atreverse con tan formidable enemigo. Adolfo quedó sólo. El cuadrúpedo que conservaba alguna vida huyó como pudo, y únicamente quedaron los que luchaban con la agonía y los que ya habían pasado á la inercia.

El cazador sacó su pañuelo y se limpió el sudor que corría por su cabello y su frente, sirviéndose de él como de agua para limpiarse la sangre enemiga con que estaba casi bañado. Su alma se dilataba y su corazón estaba ebrio de gozo al recordar que Libia sería suya, y que él había conquistado con creces, el amor de aquella tan inexpugnable semidiosa, que le tenía hechizado con sus encantos.

Aquella terrible noche los tigres no bajaron á beber al lago, y cuando la aurora inundaba con naciente claridad los elevados picos de las montañas, las fieras se hallaban atemorizadas, perdida ya su propia gallardía.

Los primeros rayos del sol alumbraron ante el va

© Biblioteca Nacional de España

liente cazador un campo sembrado de yertos animales, diseminados, como si la naturaleza, saliendo del camino que tiene señalado por el dedo del Omnipotente, hubiese arrojado en la llanura una copiosa lluvia de hermosos y enormes tigres.

Adolfo, rodeado de las necesarias precauciones, por si pudiesen sus derrotados enemigos ofrecerle algún peligro, abrió la puerta de su tienda de campaña y recorrió el campamento cuchillo en cinto y carabina en mano. Seguro de su registro, soltó el arma de fuego y reunió á fuerza de paciencia y constancia los veinte tigres mejores y menos estropeados que había entre los innumerables que se hallaban tendidos en tierra.

Apartado este número á la entrada del valle, formando una simétrica hilera, volvió á su puesto y destornilló su jaula, convirtiéndola en barrotes, que, tumbados uno al lado del otro sobre el césped, quedaron ocultos, igual que las armas y municiones, á la vista de cualquier curioso ó transeunte qne llegase.

Un vocerío como de una partida que se acercaba denotó á Adolfo que le iban á sorprender dentro de algunos minutos; así es que se apresuró en su trabajo, y tranquilo ya, echándose al hombro su fusil, provisto de municiones y con su canastilla de víveres, marchó á la entrada de la llanura, sentóse sobre una eminencia del terreno al lado de sus veinte tigres muertos, y en disposición de ponerse en defensa, vació su cesto, y con un apetito excelente dió principio á su desayuno, saludando la llegada del medio día con un sendo trago de vino extranjero añejo.

V

La comitiva

El camino que conducía á la llanura y por donde se oían aproximarse las voces de la gente que sin duda venía en dirección hacia el valle, formaba, al empalmar con éste en su prolongación, un recodo que ocultaba hasta llegar á él el punto donde atendía nuestro héroe á la imperiosa necesidad de reponer sus perdidas fuerzas.

Libia, que durante los días en que Adolfo dirigió la construcción de su invento, le lloró bastante y comprendió que sus admiradores no trataban de buscarle, llegando hasta el caso de sobornar á criados y esclavos para que no pusiesen gran empeño en encontrar al desaparecido, se levantó enérgica al quinto día de la ausencia del jóven caballero, y llamando a todos sus huéspedes en hora asaz temprana y delante de toda su servidumbre, habló al jefe de ésta de la manera siguiente:

—John, te he llamado para que recibas mis órdenes; espera. Y vosotros, mis buenos y queridos amigos; vosotros, á quienes agradezco la compañía que tan grata me haceis en medio de mi soledad, dijo dirigiéndose á sus convidados, creo me ayudareis en la partida que voy efectuar dentro de una hora.

Un murmullo de sorpresa acogió las palabras de la criolla.

—Para ese tiempo, continuó ésta, estarán listos y en marcha doce elefantes con el servicio de peones armados que necesitan; ensillados mis caballos de caza de tigres, y pronto mi palanquín de viaje con su servidumbre completa de conductores. De mi sociedad, y huésped de esta morada, ha desaparecido un hombre, tal vez en busca de una muerte cierta, por encontrar un imposible que si mi mente lo concibió, jamás lo debió pronunciar mi boca; justo es que yo me exponga y trate de salvar la vida de ese joven, si aún es tiempo, lo que dudo, por desgracia. Ahora, si vosotros, señores extranjeros, quereis ser de la partida, en mis caballerizas hay á vuestra disposición soberbios alazanes, á quienes no asustan las fieras con quienes de fijo tendremos que luchar. John, ya has oído mi mandato; ejecútalo, pues.

Y acabado de decir esto, salió el mayordomo de la estancia de Libia á cumplir las órdenes de su señora.

El corro de admiradores, después del silencio, efecto del asombro causado por la resolución de nuestra bella, empezó á susurrar por lo bajo, terminando con consejos á su diosa, tachando de temeridad su deseo; pero no adelantando nada en contra de la partida, la que en el momento dicho se organizó con bastante miedo por parte de los caballeros y con indiferencia por parte de los indígenas, los que no dejaron de reir y burlarse á hurtadillas de alguno que otro de los primeros, que trataron de *escurrir el bulto*, como dicen vulgarmente los españoles.

La gente culta que se apresura á conquistar por medio de codazos y empujones un puesto para mirar por milésima vez una comitiva común y ordinaria en que nada hay que admirar de mérito ni de riqueza, habría hecho mayores esfuerzos por ver aquella carabana de un particular, que sobresalía con mucho por cima del regio acompañamiento de un soberano. Abrían la marcha veinte peones á caballo (1) con su jefe delante, los cuales eran los guías de la partida.

Seguían á estos otros veinte esclavos á pie, exploradores de los terrenos que, dotados con la vista del lince, de pies prensiles como los monos, y ágiles como gatos monteses, podían trepar y descender por pendientes inclinadas hasta la verticalidad, salvando cuantos obstáculos les pudiese presentar la naturaleza en la costra del globo terrestre. Detrás doce elefantes de cuatro en cuatro con sus sillas castillos sobre el lomo, en las que iban el conductor ó guía y los tiradores, escoltados cada uno de aquellos monstruosos animales por seis esclavos, ginetes en caballos enjaezados con extraño lujo, aun cuando para la lucha.

A continuación, el jefe de la servidumbre con su estado mayor de pequeños reyezuelos de esclavos, con quitasoles de plumas y caballo de respeto para casos de huída.

A éste seguía el palanquín de Libia, entoldado con sedas, oro, plata y piedras, compuesto de maderas finas, con su interior de cogines blandos, llevado en hombros por doce indios fornidos, á cuyas inmediaciones caminaban otros veinticuatro para entrar como de refresco en el servicio de la conducción cuando les tocase su turno; á cada lado de este convoy mitigaban el calor á su ama seis negros con grandes abanicos y plumas entrelazadas que prestaban sombra y frescura.

Detrás de Libia iba el palanquín de sus doncellas, rico en verdad, aun cuando no de tanto valor como el de aquélla, y rodeado también de algunos indios.

Y, por último, los huéspedes de la criolla en magníficos caballos con monturas de lujo, recargadas de plata maciza, y escoltado por un considerable número de peones el caballo favorito de nuestra hurí, y cerrando tan opulenta comitiva una retaguardia de diez peones montados con su jefe al frente.

---

(1) Se da el nombre propio de *peones* en la India á esta clase de esclavos ó criados, que son muy útiles en las cacerías de tigres, y ora vayan á pie ó á caballo.

© Biblioteca Nacional de España

Aún no había acabado nuestro cazador su refrigerio matutino, cuando apareció á su vista en confuso tropel un pelotón de indios que formaba la avanzada de Libia. Adolfo arrojó á un lado los restos de la comida, y apoyando el antebrazo derecho sobre la boca de su carabina, y el pie izquierdo sobre el cuerpo del tigre más imediato, quedó expuesto en esa postura á las miradas de la comitiva que había salido en su busca al amanecer.

Un grito general de admiración y espanto salió de las bocas de los expectadores. La reina de la partida, que en el camino había bajado de su palanquín para cabalgar como general en jefe á la hora del peligro, llegó á su vez rodeada de sus caballeros, por medio de las filas de esclavos, hasta el sitio donde en pie y con su dignidad y gallardía naturales, sin afectación alguna, se hallaba Adolfo hollando con su pie el tigre que hacía cabeza de su vencido ejército.

—¡Adolfo!—exclamó Libia sin poder contenerse.

—¡Libia!—respondió el cazador—¿Vos aquí? ¿Cómo os habeis atrevido? ..

—¿Y esos tigres?... ¿Estais sano?... y... las palabras se agolpaban en los lábios de nuestra criolla que, embargada por la brusca pero dulce emoción que estremeció todo su sér á la vista del hombre á quien ya correspondía tácitamente, no podía darse cuenta de lo que veía en aquel momento.

Los convidados enmudecieron, convertidos en estatuas, perplejos y atónitos en mayor grado que el resto del acompañamiento. Si entonces hubiese aparecido una fiera, de seguro que hubiera efectuado un general destrozo en la comitiva; tal era la inacción que produjo el sorprendente espectáculo del joven héroe.

Aquellos hermosos veinte tigres muertos y reunidos simétricamente, al lado de un hombre solo con una carabina y un puñal por todas armas, torturaban la mente de los recien venidos, que no podían explicarse tal fenómeno.

Pero cuando la admiración llegó al colmo, cuando el asombro reinó en todo su auge, cuando el misterio llegó al apogeo de lo inexplicable, fué á la percepción de una y otra, y veinte y cuarenta fieras tendidas por el valle y traspasadas á balazos.

De la inacción se pasó al entusiasmo, y los exclavos y demás peones cogieron en sus brazos al cazador y lo vitorearon, creyéndole, por lo menos, un semidios disfrazado.

El protector de Adolfo llegó por el extremo contrario del camino donde sucedía está escena, con los útiles y hombres necesarios para poder trasportar los inanimados restos de la caza, según habían convenido cuando quedó instalado el valiente en su castillo-jaula. Al ver tanta gente el nuevo advenedizo, figuró ser un pasajero curioso, y se brindó á conducir los veinte tigres, uniéndose á la comitiva.

Libia no cabía en sí de gozo; su corazón parecía iba á saltársele del pecho, y daba gracias mil en su interior á esta creída casualidad. Adolfo subió, invitado por aquélla, al palaquín, y la partida, con la alegría en los rostros, volvió á emprender su viaje de retroceso, precedida por el padrino del cazador, que dirigía, acompañado del criado de nuestro protagonista, la conducción de la caza para que no se estropeasen las pieles.

La criolla, aunque no hablaba palabra, llevaba fijos sus ojos en Adolfo, que iba sentado á su lado palpitante de amor.

Los convidados, confusos y avergonzados en su amor propio, caminaban silenciosos y dispuestos á ausentarse aquel mismo día del lago.

Algunos de éstos creyeron percibir el eco de un *te amo* que debió salir de los rosados labios de Libia, como se escapa el murmullo de las aguas de un fresco arroyuelo.

Conclusión.

Inútil fuera ya cuanto á mis lectores dijese sobre el resultado de la cacería.

Los tigres quedaron despojados de sus pieles, con las que, después de preparadas, se alfombró la alcoba nupcial.

Los convidados desaparecieron.

Adolfo, dueño del corazón de su amada y señor de cuantas riquezas poseía ésta, se casó con ella, debiendo tan digno y merecido premio á su *Estrategia de cazador*.

En prensa las bonitas novelas

EL TESÓN DE UN PADRE

Y

LA ULTIMA CARTA

La Novela Ilustrada

PUBLICACIÓN PERIÓDICA ECONÓMICA

Se publica los días 15 y 30 de cada mes

Cada número constará de ocho páginas en tamaño pliego común, á dos columnas, y contendrá una bonita é interesante novela *completa* y original, ilustrada con láminas al cromo. Al fin de cada año formará un tomo de dimensiones muy regulares por un precio fabulosamente económico.

Precio del número corriente 15 cénts de peseta

Id. atrasado 25 »

EN TODA ESPAÑA

Los que deseen suscribirse directamente á esta Administración, abonarán por adelantado **3** *pesetas*, y tendrán derecho á recibir franco de porte 24 números.

Las reclamaciones, correspondencia y pedidos al Administrador *D. Guillermo Osler*, Espíritu Santo, 18.—Madrid

A los Sres. Corresponsales **2'50** *pesetas* la mano de 25 ejemplares.

PAGO ADELANTADO

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

© Biblioteca Nacional de España